

TIEMPO DE MEMORIA

Géraldine Schwarz

LOS AMNÉSICOS

Historia de una familia europea

Epílogo de José Álvarez Junco



GÉRALDINE SCHWARZ
LOS AMNÉSICOS
Historia de una familia europea

Traducción de Núria Viver Barri

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Les Amnésiques*

1.^a edición: septiembre de 2019

© Flammarion, París, 2017

© de la traducción: Núria Viver Barri, 2019
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-9066-727-9
Depósito legal: B. 15.776-2019
Fotocomposición: David Pablo
Impresión y encuadernación: Black Print
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Agradecimientos	11
1. Ser o no ser nazi	15
2. Alemania, «año cero».....	31
3. El fantasma de los Löbmann.....	51
4. La negación de Karl Schwarz	81
5. La Oma o el encanto discreto del nazismo	103
6. Hijo de <i>Mitläufer</i>	125
7. De la amnesia a la obsesión	145
8. Dulce Francia... ..	169
9. ¿El Holocausto? No sé qué es.....	195
10. El pacto	227
11. Memorias de una francoalemana	249
12. El Muro ha muerto, viva el Muro	277
13. Austria-Italia: arreglillos con el pasado	305
14. Los nazis nunca mueren	349
Posfacio	377
Epílogo, por José Álvarez Junco.....	383

No estaba especialmente predestinada a interesarme por los nazis. Los padres de mi padre no habían estado ni del lado de las víctimas, ni del lado de los verdugos. No se habían distinguido por actos de valentía, pero tampoco habían pecado por exceso de celo. Simplemente eran *Mitläufer*, personas «que siguen la corriente». Simplemente, en el sentido de que su actitud había sido la de la mayoría del pueblo alemán, una acumulación de pequeñas cegueras y de pequeñas cobardías que, sumadas unas a las otras, habían creado las condiciones necesarias para el desarrollo de los peores crímenes de Estado organizados que la humanidad haya conocido jamás. Después de la derrota y durante largos años, a mis abuelos les faltó perspectiva, como a la mayoría de los alemanes, para darse cuenta de que, sin la participación de los *Mitläufer*, incluso aunque hubiera sido ínfima a escala individual, Hitler no habría estado en condiciones de cometer crímenes de aquella magnitud.

El propio Führer lo presentía y tanteaba regularmente a su pueblo para ver hasta dónde podía llegar, lo que se toleraba y lo que no se toleraba, a la vez que lo inundaba de propaganda nazi y antisemita. La primera deportación masiva de judíos organizada en Alemania que serviría para sondear el umbral de aceptabilidad de la población justamente tuvo lugar en la región donde vivían mis abuelos, en el sudoeste del país: en octubre de 1940, más de 6500 judíos fueron deportados de Baden, el Palatinado y Sarre hacia el campo francés de Gurs, situado al norte de los Pirineos. Para acostumbrar a los ciudadanos a este espectáculo, las fuerzas del orden habían procurado salvar

un mínimo las apariencias, evitando la violencia y fletando vagones de pasajeros, en lugar de trenes de mercancías como harían más tarde. Pero los responsables nazis querían saber a ciencia cierta de lo que era capaz el pueblo. No vacilaron en actuar a la luz del día, obligando a cientos de judíos a recorrer el camino hasta la estación por el centro de la ciudad, con sus pesadas maletas, sus chiquillos llorosos y sus ancianos agotados, ante los ojos de ciudadanos apáticos, incapaces de dar muestras de humanidad. Al día siguiente, los *Gauleiter* (jefes de distrito) comunicaron con orgullo a Berlín que su región era la primera de Alemania que había sido *judenrein* (depurada de sus judíos). El Führer debió de alegrarse de ser tan bien comprendido por su pueblo: estaba maduro para «caminar con él».

Un episodio en particular había demostrado que la población no era tan impotente como quiso hacer creer después de la guerra. En 1941, la oposición de ciudadanos y obispos católicos y protestantes alemanes había conseguido interrumpir el programa de exterminio de las personas discapacitadas mentales y físicas o consideradas como tales, ordenado por Adolf Hitler con el objetivo de purgar la raza aria de estas «vidas sin valor». Cuando esta operación secreta llamada Aktion T4 estaba en su apogeo y ya había causado 70.000 muertos, gaseados en centros especiales en Alemania y Austria, Hitler cedió ante la indignación popular y puso fin a su proyecto. El Führer había comprendido el riesgo que corría ante la población al mostrarse demasiado abiertamente cruel. Por otra parte, también es una de las razones por las que el Tercer Reich desplegó una energía absurda en organizar la logística extremadamente compleja y costosa del transporte de los judíos de Europa y de la Unión Soviética para exterminarlos lejos de la vista de sus compatriotas, en campos aislados en Polonia.

Pero, después de la guerra, nadie o casi nadie en Alemania se planteaba la cuestión de saber lo que habría ocurrido si la mayoría no hubiera ido *a favor de* la corriente, sino *contra* una política que había revelado bastante temprano su intención de pisotear la dignidad humana como se aplasta una cucaracha. Haber *ido a favor de la corriente* como el Opa, mi abuelo, estaba

tan extendido que la banalidad se había convertido en una circunstancia atenuante de este mal, incluso a los ojos de las fuerzas aliadas que se habían empeñado en desnazificar Alemania. Después de su victoria, americanos, franceses, británicos y soviéticos habían dividido el país y Berlín en cuatro zonas de ocupación, en las que cada uno se había comprometido a erradicar los elementos nazis de la sociedad, con la colaboración de cámaras arbitrales alemanas. Habían fijado cuatro grados de implicación en los crímenes nazis; los tres primeros justificaban teóricamente la apertura de una investigación judicial: los «incriminados mayores», los «incriminados», los «incriminados menores» (*Hauptschuldige, Belastete, Minderbelastete*), y luego estaban los *Mitläufer*. Según la definición oficial, este último designaba «a quien solo ha participado nominalmente en el nacionalsocialismo», en especial «los miembros del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP) [...] que se contentaban con pagar las cuotas y participar en las reuniones obligatorias». En realidad, en el Reich, que contaba con 69 millones de habitantes en sus fronteras de 1937, el número de *Mitläufer* superaba el marco de los ocho millones de miembros del NSDAP. Unos millones más se habían unido a organizaciones afiliadas y muchos otros habían aclamado el nacionalsocialismo sin por ello adherirse a una organización nazi. Mi abuela, por ejemplo, que no tenía carné del partido, estaba más apegada a Adolf Hitler que mi abuelo, que sí lo tenía. Pero los Aliados no tenían tiempo para estudiar detenidamente esta complejidad. Ya tenían suficiente trabajo con los incriminados, menores y mayores, es decir, con la multitud de altos funcionarios que habían dado órdenes criminales en este laberinto burocrático que era el Tercer Reich y todos los que las habían ejecutado, a veces con un celo infame.

Simples miembros del partido nazi como mi abuelo salieron casi indemnes. Su único castigo fue verse privado del control de su pequeña empresa de productos petrolíferos, Schwarz & Co. Mineralölgesellschaft, confiada durante unos años a un gerente designado por las autoridades aliadas. Probablemente, tam-

bién habría tenido ciertas dificultades para ocupar un puesto de funcionario si lo hubiera querido. Su hija, mi tía Ingrid*, cree recordar que lo habían condenado a «romper piedras», pero, extrañamente, mi padre no tiene ningún recuerdo de esto y no duda de que, en el caso poco probable de una condena como esta, mi abuelo, «con lo astuto que era», se las hubiera arreglado para ahorrarse esta tarea. Él recuerda más bien que su padre nunca hizo negocios tan lucrativos como durante aquel periodo de privación de trabajo, pues resultó ser un comerciante mucho más hábil en el mercado negro que en el mercado legal. Se acuerda de que en la mesa de los Schwarz siempre había vino, carne, huevos y manzanas, productos de los que algunos habían olvidado hasta el sabor en la Alemania arruinada de la posguerra. Esta divergencia de recuerdos entre los dos hijos de Karl Schwarz quizá se deba al hecho de que una estaba tan apegada a su padre como el otro se había alejado de él.

Por supuesto, no se podía meter en la cárcel a los ocho millones de miembros del NSDAP, para empezar porque no había suficiente lugar detrás de los barrotes. A partir de la primavera de 1945, los Aliados habían procedido a arrestos masivos de antiguos funcionarios del partido y de miembros de las SS, y habían enviado a unos 300.000 de ellos a prisión. Los americanos eran con mucho los que se aplicaron con más firmeza a desnazificar su zona, al menos al principio. Mannheim, donde vivían mis abuelos, una de las ciudades más grandes de Baden-Wurtemberg, se encontraba justamente en la zona americana del sur-sudoeste, que comprendía el norte de Baden-Wurtemberg, Baviera y Hesse, a lo que se añadía el sudoeste de Berlín y, al norte, el *Land* de Bremen, valioso por su situación estratégica en el mar del Norte. Los americanos tenían una buena reputación, y mi tía Ingrid guardó una imagen de ellos «siempre con una sonrisa, con buena salud, al volante de su Jeep, lo cual aportaba un poco de alegría» en el ambiente funesto de la Alemania de la posguerra. No obstante, su comandante, el futu-

ro presidente de Estados Unidos, Dwight D. Eisenhower, no era demasiado optimista y consideraba que se necesitarían al menos cincuenta años de reeducación intensiva para formar a los alemanes en unos principios democráticos. Los americanos tenían el proyecto titánico de sondear el pasado de todos los alemanes mayores de dieciocho años sometiéndolos a cuestionarios de unas 130 preguntas que supuestamente darían una indicación de su grado de complicidad con el régimen y de su nivel de adoctrinamiento ideológico. Con un rigor muy burocrático, empezaron a escudriñar los millones de formularios que se acumulaban en sus escritorios, con el objetivo de castigar a los culpables y de purificar a la sociedad de sus elementos más impregnados por el nazismo. Despidieron a todos los funcionarios que se habían inscrito en el NSDAP antes del 1 de mayo de 1937 y, por lo tanto, eran sospechosos de haberse afiliado por convicción. A finales del invierno de 1945-1946, más del 40 por ciento de los funcionarios de la zona americana habían ahuecado el ala.

No he encontrado copia del cuestionario de desnazificación de mi abuelo, pero tuvo que llenarlo, porque un correo de las autoridades de la Ocupación indica que supieron muy pronto que había sido miembro del partido. Cuando murió, en 1970, mi padre buscó por todas partes entre los papeles de Karl Schwarz indicios del carné e insignias del partido, sin éxito. Durante el anuncio de la entrada de los Aliados en Mannheim en marzo de 1945, como muchos de sus compatriotas, debió de tirar a las llamas del horno de la cocina estas pruebas comprometedoras, así como las banderas nazis que se solía exhibir en los balcones los días de fiesta y, quién sabe, un retrato del Führer que había colgado en su despacho para estar tranquilo o que mi abuela conservaba en un cajón por afecto. Era una pérdida de tiempo, porque los jefes locales del NSDAP pusieron pies en polvorosa sin preocuparse ni un ápice por destruir el registro de los miembros del partido de Mannheim, que los americanos encontraron intacto cuando llegaron.

Pero Karl no lo hizo desaparecer todo. Entre sus cosas, mi padre encontró un dibujo heráldico de lo más extraño: un yelmo de caballero sobre fondo de vegetales negro y dorado, detrás de los cuales irrumpe un animal imaginario, un cruce de cabra y ciervo con cuernos y pezuñas rojas, cuyo cuello está atravesado por una flecha del mismo color. En la parte inferior, está escrito el nombre de Schwarz en una caligrafía compleja, la fecha de 1612 y este texto: «Los orígenes de esta familia burguesa de líneas florecientes en Suabia y en Franconia deben encontrarse en Rotemburgo». Bajo el nacionalsocialismo, la genealogía estaba muy en boga e incluso había obtenido un estatuto casi oficial al servicio del régimen, el cual tenía necesidad de aportar a sus teorías raciales confusas un crédito que ninguna ciencia seria podría proporcionarle. Este dibujo no solo tenía un valor decorativo porque, para entrar en el NSDAP, se necesitaba un documento bastante más complicado de obtener: un certificado de arianidad especialmente exhaustivo y detallado, para el que había que reunir un montón de justificantes que supuestamente probaban los orígenes arios del candidato y de su cónyuge al menos desde 1800. Que Karl Schwarz además hubiera mandado dibujar con tinta y acuarela, sin estar obligado, este motivo heráldico me deja perpleja. Mi abuelo no era un nacionalsocialista convencido, estaba demasiado enamorado de la libertad para eso. «Quizá lo colgó en las oficinas de su empresa para que, cuando un cliente o un funcionario nazi pasara por allí, hiciera menos preguntas y lo dejara tranquilo», dice mi padre. En la década de 1930, circulaban rumores por Alemania sobre los comerciantes sospechosos de disimular sus orígenes judíos, que alimentaban una atmósfera de paranoia y de delación, hasta el punto de que algunos llegaban a publicar anuncios en los periódicos para desmentir públicamente cualquier relación con el judaísmo. El Opa hizo desaparecer su certificado de arianidad pero, curiosamente, se guardó su acuarela, que conservó hasta la muerte. «Pienso que este dibujo le gustaba, porque produce la ilusión de un glorioso linaje. Y mi padre a veces tenía sueños de grandeza.» En ciertos aspectos, Karl Schwarz era un hombre de su tiempo.

Rápidamente, ante la magnitud de la tarea que se habían asignado, los americanos decidieron integrar la justicia alemana en el proceso de desnazificación. Después del examen de los cuestionarios, las personas sospechosas de estar implicadas se enviaban ante una de los centenares de cámaras arbitrales alemanas de la zona americana. En Mannheim, se pasaron por el tamiz 202.070 formularios. De las 8823 personas juzgadas, 18 se clasificaron como *Hauptschuldige*, 257 como *Belastete*, 1263 como *Minderbelastete*, 7163 como *Mitläufer* y 122 como *Entlastete* («inocentes»). Dudo que mi abuelo fuera escuchado. En cualquier caso, como los americanos no habían encontrado suficientes jueces alemanes «limpios», pues la complicidad de los juristas con el nacionalsocialismo había sido muy grande y se habían resignado a seleccionarlos entre la vieja guardia, Karl Schwarz no tuvo gran cosa que temer. Sobre todo porque los ocupantes ya no se podían permitir mostrarse tan intransigentes ante la necesidad urgente de personal alemán para hacer frente a los numerosos problemas a los que se enfrentaba la sociedad: malnutrición, crisis de la vivienda, falta de carbón para calentarse... Además, la atención de los americanos empezaba a apartarse de los antiguos nazis para centrarse en un nuevo enemigo, la Unión Soviética y el bloque comunista. Tras el rigor inicial se produjo una dejadez en las medidas de desnazificación con el objetivo de acabar con el proceso lo más deprisa posible y acelerar la reconstrucción de la Alemania Occidental, situada en el límite del territorio comunista enemigo.

Los británicos eran mucho menos partidarios que los americanos de perseguir a los nazis en su zona del noroeste, que incluía Hamburgo, la Baja Sajonia, Renania del Norte-Westfalia y Schleswig-Holstein, así como el sector oeste de Berlín. A lo sumo, pretendían una reeducación a través de la creación de medios de comunicación en su región, como la radio Nordwestdeutsche Rundfunk y los periódicos *Die Zeit* y *Die Welt*, u obligando a los ciudadanos a ver imágenes filmadas de las víctimas esqueléticas de los campos de concentración. Los britá-

nicos crearon *Clubs*, en los que algunos alemanes estaban autorizados a entrar, pero esta mezcla era excepcional, porque la mayoría de las veces los británicos mantenían las distancias. Tenían lugares reservados en tranvías, comercios y cines, señalizados con el cartel «*Keep out*» o «*No Germans*». A menudo se percibían como invasores, en especial cuando confiscaban pisos en ciudades que ya sufrían una grave escasez de viviendas a causa de los bombardeos. En realidad, los británicos no siempre tenían elección, pues ellos mismos estaban muy debilitados económicamente por la guerra y tenían dificultades para financiar la ocupación. No se preocupaban por los *Mitläufer* y se contentaban con prohibir las funciones públicas importantes a los nazis y con perseguir a los peces más gordos. Su indulgencia era tal que algunos nazis que vivían bajo administración americana se apresuraron a pasar a su zona. Los británicos tenían prisa por reconstruir la potencia económica de Alemania, también en su propio interés. Por ello, sabían mostrarse conciliadores cuando el acusado era una figura de la élite económica del Reich, como Günther Quandt.

Quandt no había sido un nacionalsocialista convencido, sino un oportunista que había esperado que Adolf Hitler llegara al poder en enero de 1933 para financiar su partido y después afiliarse a él. A esta proximidad financiera, se añadió un vínculo familiar, puesto que la segunda esposa del industrial, Magda Ritschel, de la que se había divorciado, se había casado en diciembre de 1931 con el futuro ministro de Propaganda, Joseph Goebbels, una unión de la que el Führer había sido testigo. Su lealtad hacia Hitler le resultó rentable, porque Quandt amasó una fortuna colosal al convertirse en uno de los mayores proveedores de la industria militar nazi. Cuando escaseó la mano de obra a causa de la movilización de los hombres al frente, explotó a unos 50.000 trabajadores forzados, prisioneros de guerra y detenidos de los campos de concentración, «prestados» a bajo precio por el Reich.

En 1946, los americanos detuvieron a Quandt, pero escapó

al tribunal de Núremberg gracias a los británicos, que «omitieron» transmitir a los americanos documentos que lo afectaban y, en el colmo del ridículo, llegaron a clasificarlo oficialmente de *Mitläufer*. En enero de 1948, los americanos, que se abstuvieron de investigar más ampliamente, lo liberaron. Poco después, el ejército británico se apresuró a hacer negocios con este especialista del armamento. Porque Quandt era un *rara avis*. Producía equipamientos que el mundo entero envidiaba, baterías especiales para los torpedos submarinos y, muy especialmente, la batería única para el «arma mágica» desarrollada por los nazis durante la guerra y que suscitaba la admiración de sus enemigos, el V2, el primer misil balístico operativo creado por el hombre, que dio lugar a los misiles intercontinentales y al vuelo espacial. Después de la guerra, la familia Quandt, actualmente propietaria, entre otros, del fabricante de automóviles BMW, negó durante largo tiempo los orígenes sospechosos de su fortuna hasta que, en 2007, la emisión de un documental en la televisión titulado *El silencio de los Quandt* la forzó a esclarecer su pasado.

En cuanto a los franceses, cuya zona, la más pequeña, englobaba el sur de Baden-Wurtemberg, Renania-Palatinado, Sarre y el noroeste de Berlín, también se dieron rápidamente cuenta de las ventajas de mostrarse indulgentes con los industriales que, a cambio, se mostraban generosos en los negocios. Habían adquirido la reputación de ser la potencia de ocupación menos interesada en la desnazificación. El hecho de que Francia hubiera cooperado estrechamente con el Tercer Reich y de que su administración después de la guerra estuviera todavía plagada de antiguos colaboradores del régimen de Vichy, que temían que las acusaciones contra los nazis se volvieran contra ellos, sin duda explica el escaso número de procedimientos judiciales iniciados. Los franceses preferían acusar colectivamente a los alemanes, sin diferenciarlos en función de su responsabilidad individual ni querer reeducarlos. El general De Gaulle era partidario de una política de debilitamiento y división permanen-

te de Alemania y exigía un máximo de reparaciones. Los franceses, invitados de última hora a la mesa de los vencedores a pesar de su colaboración con el Reich, se comportaron como una auténtica fuerza de ocupación, confiscaron viviendas para alojar a los profesores, ingenieros y funcionarios franceses, explotaron la mano de obra alemana y requisaron comida en abundancia, mientras que muchos alemanes vivían en los sótanos, hambrientos y sin carbón para calentarse. Incluso se produjeron violaciones en serie y saqueos.

En la zona soviética, que comprendía los cinco *Länder* de más al este, Turingia, Sajonia-Anhalt, Sajonia, Brandeburgo y Mecklemburgo-Pomerania Occidental, así como el este de Berlín, las medidas de desnazificación no solo se dirigían a los nazis, sino también a los «indeseables», de los que querían desembarazarse, los «enemigos de la clase obrera» —los grandes terratenientes y la élite económica—, los socialdemócratas y otros detractores del nuevo régimen que el ocupante intentaba instaurar a partir del modelo de Moscú. Los soviéticos dejaron a los *Mitläufer* en paz, aunque solo fuera porque habían percibido en ellos la posibilidad de reciclarlos como buenos comunistas. Sin embargo, los nazis más implicados tenían más que temer en esta zona que en las otras, porque, con los soviéticos, no podían pretender haber adquirido su carné del partido como oposición al bolchevismo, un argumento que tenía cierto peso en el oeste. Además, algunos preferían huir del este, tanto más cuanto que las condiciones de detención eran allí especialmente atroces. Decenas de miles de supuestos nazis y de «indeseables» fueron encerrados en antiguos campos de concentración del Tercer Reich. Al menos 12.000 fallecieron. Otras decenas de miles fueron deportados a la Unión Soviética, donde muchos murieron.

En marzo de 1948, los soviéticos ya habían expulsado del servicio público a más de 520.000 antiguos miembros del NSDAP, en especial en la administración y en la justicia, donde hubo que sustituir rápidamente al personal por comunistas «leales». En menos de un año, se «formó» a nuevos jueces y fiscales

adeptos a las organizaciones comunistas y ellos fueron los que dirigieron una serie de procesos expeditivos llamados los *Waldheimer Prozesse* en 1950, bajo la autoridad de la joven República Democrática Alemana (RDA) que acababa de crearse. En dos meses, comparecieron unas tres mil cuatrocientas personas acusadas de haber cometido crímenes, sin testigos y, en general, sin asistencia jurídica, ante estos jueces y fiscales inexpertos que resolvían el asunto en menos de media hora, ya que el juicio ya estaba fijado de antemano con el objetivo de obtener un máximo de penas. No se distinguía entre *Mitläufer*, inculpidos o enemigos del comunismo. Estos simulacros de proceso tenían ante todo el objetivo de legitimar a posteriori el internamiento de miles de personas en los campos de concentración. Más de la mitad de los acusados fueron condenados a penas de entre quince y veinticinco años de prisión y veinticuatro fueron ejecutados. Después, la RDA consideró concluida la desnazificación e inició una larga negación de sus responsabilidades históricas respecto a los crímenes del Tercer Reich, designando a la República Federal de Alemania (RFA) como única heredera de este sombrío pasado.

Los alemanes eran hostiles al proceso de desnazificación dirigido a la población, percibido como una insoportable humillación, una *Siegerjustiz*, una justicia de los vencedores que aspiraban a vengarse. En cambio, eran —al menos justo después de la guerra— mayoritariamente favorables a la idea de juzgar a los altos responsables del régimen.

En noviembre de 1945, se abrió en Núremberg, por iniciativa de los americanos, un proceso contra veinticuatro altos responsables del Tercer Reich, ante un tribunal militar internacional colocado bajo la autoridad de las cuatro potencias aliadas. «La idea de abordar la guerra y las atrocidades cometidas en su nombre no como si se tratara de una política realizada con otros medios, sino como un crimen del que los políticos y los militares de alto rango pueden ser considerados responsables igual que en cualquier otro crimen» era inédita, analiza el

jurista Thomas Darnstädt, en su libro *Nürnberg. Menschheitsverbrechen vor Gericht 1945* (Núremberg. Los crímenes contra la humanidad ante el tribunal, 1945). Las grandes líneas se habían desarrollado anteriormente en Washington bajo la autoridad del juez Robert H. Jackson. Los soviéticos, temiendo ser también acusados de crímenes a causa de los excesos del Ejército Rojo y del pacto de No Agresión firmado por Stalin y Hitler en 1939, exigían que la jurisdicción penal internacional de Núremberg se aplicara solo a las potencias del Eje. El juez Jackson se negó: «No estamos dispuestos a fijar normas para los demás que no estemos dispuestos a aplicarnos a nosotros mismos». Los británicos, que también tenían en mente sus bombardeos intensivos y mortíferos de las poblaciones civiles de Alemania, negociaron un compromiso: las normas penales tenían que ser válidas para cualquier Estado, pero el tribunal de Núremberg solo sería competente para los crímenes de los nazis. Se movilizó a más de dos mil personas para preparar el proceso y escudriñar al menos una parte de los kilómetros de archivos dejados por un régimen ultraburocratizado.

Un año después, se emitió el veredicto: doce acusados fueron condenados a muerte por ahorcamiento, entre ellos el número dos del Reich Hermann Göring, el ministro de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop, el último jefe del poderoso Ministerio de Seguridad RSHA Ernst Kaltenbrunner, el jefe del alto mando de las fuerzas armadas Wilhelm Keitel, el fundador del periódico antisemita *Der Stürmer* Julius Streicher y el antiguo ideólogo del partido y ministro de los Territorios Ocupados del Este Alfred Rosenberg; tres, entre ellos Rudolf Hess, el antiguo adjunto de Hitler, fueron condenados a cadena perpetua y otros dos, Albert Speer, arquitecto y ministro de Armamento, y Baldur von Schirach, jefe de las *Hitlerjugend* (Juventudes Hitlerianas), a una pena de veinte años de prisión. Cuatro organizaciones —el NSDAP, la Gestapo, las SS y el SD (Servicio de Seguridad)— se clasificaron como «organizaciones criminales». Los jueces rechazaron la petición de la acusación de incluir en esta lista al Estado Mayor y al alto mando de la Wehrmacht (OKW).

Estos procesos demostraban una voluntad por parte de los Aliados, sobre todo de los americanos, de no dejar impunes los crímenes nazis. Permitieron determinar un «nuevo orden del mundo mediante el derecho», según los términos de Robert Jackson, y definir un crimen de una nueva naturaleza: el crimen contra la humanidad. Pero, a corto plazo, no obtuvieron los efectos esperados, ni en el ámbito internacional ni en Alemania. El juez Jackson había destacado sobre todo la acusación de «crimen contra la paz» y de «complot», según la idea de que «una banda de gánsteres había tomado el control del Estado». Este enfoque alimentó una leyenda que después sería larga de desmontar: la de que los crímenes nazis eran el resultado de un plan elaborado por un pequeño grupo de criminales alrededor de Hitler, que habían dado órdenes a personas que, en su mayoría, ignoraban que colaboraban con una empresa mortífera.

Otro problema era que un tribunal en el que los vencedores juzgan a los vencidos imponía el silencio sobre los crímenes de guerra de los Aliados: la colaboración de Vichy, los bombardeos americano-británicos masivos contra los civiles alemanes, las atrocidades cometidas por el Ejército Rojo en los territorios orientales del Reich y las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos sobre Japón.

Pero uno de los principales fracasos del proceso fue haber pasado por alto la especificidad del genocidio judío, un delito que entonces no existía. «Persistía un tabú del derecho internacional: todavía era mal vista la injerencia en los “asuntos internos” de un Estado soberano», y los crímenes contra los judíos alemanes eran considerados como tales, estima Thomas Darnstädt. Además, justo después de la guerra, el nivel de información sobre la Shoá todavía era limitado. Por ejemplo, el protocolo de la conferencia de Wannsee de enero de 1942, durante la cual unos dirigentes nazis precisaron la organización del Holocausto que ya había comenzado, todavía no se había estudiado.

En la continuidad de Núremberg, entre 1946 y 1949, los americanos organizaron, esta vez solo bajo su jurisdicción, doce procesos ante tribunales militares, en los que comparecieron más de 185 médicos, generales, industriales, altos funcio-

narios y comandantes de *Einsatzgruppen*. Se condenó a la pena de muerte a 24 acusados, 13 de los cuales fueron ejecutados, 20 obtuvieron una pena de cadena perpetua y 98 penas largas. Paralelamente, la indignación de la opinión americana ante las imágenes de los campos de concentración que empezaban a circular en los medios de comunicación decidió a Estados Unidos a instaurar un tribunal militar en el recinto del campo de concentración de Dachau para juzgar al personal de los seis campos situados en la zona americana. Alrededor de mil seiscientos acusados fueron condenados y 268 de los 426 condenados a muerte fueron ejecutados.

En las tres zonas aliadas del oeste, en total, cerca de diez mil nazis fueron condenados por tribunales alemanes y tribunales militares aliados, 806 de ellos a la pena de muerte, un tercio de los cuales fueron ejecutados. Este balance indica cierta eficacia, en especial por parte de los americanos, teniendo en cuenta el tiempo disponible. Sin embargo, muchos de los que habrían merecido ampliamente ser excluidos de la sociedad y encarcelados por sus responsabilidades en los crímenes del Reich consiguieron pasar a través de la malla demasiado laxa de la red tendida por los Aliados. Solo tenían que hacerse pasar por un *Mitläufer* falsificando algunos papeles y pagando a falsos testigos de descargo, esos *Persilscheine* cuya autenticidad los ocupantes raramente comprobaban, en parte porque estaban desbordados por la magnitud de la tarea, pero también porque, rápidamente, su determinación empezó a flaquear en el contexto de la Guerra Fría.

Uno de los mayores descréditos que pesan sobre los Aliados fue haberse aprovechado de su posición de fuerza para robar su conocimiento tecnológico a los alemanes, cuyo rendimiento científico era envidiado en todo el mundo desde principios del siglo xx. Entre 1900 y 1945, los alemanes obtuvieron 38 Premios Nobel de ciencias. Durante el mismo periodo, Francia había recibido 16, Gran Bretaña 23 y Estados Unidos 18. Para estos últimos países, la derrota del Reich era la ocasión de apoderar-

se de un saber tecnológico que les faltaba y cuya importancia se veía aumentada por la Guerra Fría.

Por ejemplo, en el marco de la operación americana Paperclip, se sacaron científicos en masa de Alemania, a escondidas, porque entre ellos figuraban nazis como Wernher von Braun, el padre del misil balístico V2, que interesaba mucho a la justicia internacional. En parte, gracias a los avances de estos expertos en el campo de las armas químicas, de la conquista espacial, de los misiles balísticos y de los aviones a reacción, Estados Unidos gozó de una superioridad tecnológica durante los decenios siguientes. En otros sectores, también se robaron numerosas innovaciones, microscopios electrónicos, fórmulas cosméticas, máquinas textiles, registradores, insecticidas, una máquina distribuidora de servilletas de papel... El Reino Unido tampoco se quedó atrás. El historiador americano John Gimbel ha estimado que los británicos, pero sobre todo los americanos, sustrajeron a Alemania un patrimonio intelectual por un valor de 10.000 millones de dólares de la época, es decir, el equivalente a 100.000 millones de dólares actuales.

Los franceses se implicaron mucho menos. Sin embargo, los sectores militar y aeronáutico se llevaron a varios centenares de científicos a Francia, en especial a los que habían trabajado en el cohete V2. Participaron en la preparación de los primeros motores a reacción de los aviones de caza, del primer Airbus, de los primeros cohetes franceses y del primer helicóptero de la futura fábrica de Eurocopter, actualmente Airbus Helicopter. Su aportación también fue notable en el campo de los submarinos, los torpedos, los radares, los obuses y los motores de carro de combate, y permitió a Francia realizar grandes avances.

En cuanto a los soviéticos, en 1946, metieron a miles de expertos alemanes con sus familias en trenes con dirección a Moscú sin preguntarles su opinión, entre ellos el asistente de Wernher von Braun, Helmut Gröttrup. Estos últimos contribuyeron, al menos indirectamente, a abrir la vía al lanzamiento del primer satélite artificial, el *Sputnik*, por parte de la Unión Soviética, en octubre de 1957.

A pesar de este tipo de conflictos de intereses, los Aliados tienen el mérito de haber dado al pueblo las primeras bases de una vaga conciencia de las capacidades dañinas de un régimen como el Tercer Reich. Por ejemplo, la hermana de mi padre, nacida en 1936, me dijo un día que sabía desde la adolescencia que «los nazis habían cometido crímenes», que «se decía en la escuela e incluso en los medios de comunicación», donde ella había visto fotos de campos de concentración. Me sorprendió, porque mi padre, que nació en 1943, siempre me ha hablado de una amnesia total después de la guerra. Luego me di cuenta de que Ingrid había ido a la escuela en el momento en que, en Mannheim, los americanos intentaban «reeducar» a los alemanes, mientras que, cuando mi padre fue escolarizado, el paréntesis de desnazificación se había cerrado.

En 1949, los ocupantes occidentales autorizaron la fusión de sus tres zonas para formar la República Federal de Alemania y aceptaron que se beneficiara del plan Marshall, un programa de préstamos concedidos a la mayoría de los Estados de Europa Occidental para ayudar a su reconstrucción después de la guerra. Mi padre dice a menudo que «Alemania tuvo suerte de ser tratada con aquella indulgencia a pesar de los crímenes que había cometido». Sin la Guerra Fría, su destino quizá habría sido muy diferente. A finales de la década de 1940, los Aliados se desvincularon de aquella amplia tarea de desnazificación. Les faltaba perspectiva y conocimientos sobre la complejidad del régimen nazi, pero, sobre todo, unas potencias exteriores no podían hacer el trabajo en lugar de los alemanes. Les correspondía a ellos cambiar de mentalidad y tomar las riendas de su destino democrático. Había motivos para ser pesimista.